

CUENTO N° 126

TÍTULO: POR UNA CÁNDIDA INSOLENCIA

SEUDÓNIMO: PISAK

AUTOR: GUILLERMO ROBERTO MIMICA CÁRCAMO

Se sorprendió al momento de haber pronunciado la frase que ponía fin a la discusión: «si es así, me voy de la casa» —se oyó decir—. Pero, más que por su expresión, inequívocamente perentoria, su verdadero asombro fue por su rechazo tan tajante a lo que consideraba un desprecio. Y en aquel corto instante de reflexión en que se toman las grandes decisiones, se extrañó por la dosis de insolencia de su frase y por las consecuencias que podría acarrearle. Él no era así; jamás había actuado de esa forma, menos aún con su esposa.

Es que Gustavo era de aquellos que se las arreglaban para evitar los conflictos; los esquivaba, les daba la espalda con frialdad, cuando no con indiferencia. Huía de todas las discusiones; más aún cuando éstas pudieran desencadenar en violencia. Pese a su respetable altura y sus casi noventa kilos, prefería el diálogo a la confrontación. Cuando por casualidad lo provocaban con algún insulto o gesto obsceno, al conducir su automóvil por ejemplo, él jamás respondía. De joven, fue siempre el más alto y fuerte, el primero de la fila del curso cuando se formaban, pero jamás se trezó a golpes con algún compañero, ni abusó de su corpulencia. Gustavo, en realidad, tenía más de oso que de fiera. Eso al menos solía decir su mujer a las amigas con las que compartía tardes de sol en la terraza, junto a prolongados aperitivos, hasta el atardecer. «Lo respetan por su físico, pero es incapaz de matar una mosca» —les repetía, orgullosa— mientras Nora, Carla, Patricia o las otras, asentían y lo comparaban con sus propios maridos, tan explosivos, tan de sangre caliente y garabatos a flor de piel.

Él mismo se sentía como un oso remolón, de aquellos que prefieren recogerse temprano y salir poco de su cueva, lo que hacía con un caminar atolondrado y comenzando ya, a sus sesenta y cinco cumplidos, a arrastrar bastante los pies. De hablar lento y reflexivo, sin estridencias ni ademanes, era amable y cuidadoso al extremo en no contrariar a su mujer, con quien compartía techo, lecho, mesa y cuenta corriente desde hacía más de treinta años. No

tenía recuerdos de enojos ni de haberle levantado la voz a su Francisca, mujer de carácter seductor y dominante. Con el tiempo, él había cedido del todo el rol protagónico a su pareja.

Aunque fuerte y categórica, su exclamación no fue de agresión, sino más bien de una súbita implosión de sí mismo. No hubo un atisbo de violencia en su rostro, en su mirada, en algún gesto que acompañara su manifestación de saciedad. Nada. Ese potente «¡basta ya!» fue una forma de insolencia irreverente, y lo dicho después, corroboró su hastío. «Si es así, me voy» —expresó al pararse del sillón y dejar el periódico abierto sobre la mesita de centro—. No lo pronunció ni fuerte ni despacio, sólo lo hizo categóricamente.

Pero había dos componentes distintos en aquella frase final expresada sin siquiera darle el respiro de la coma que conlleva su escritura. La segunda parte —*me voy*— era una afirmación perentoria. Pero ésta estaba subordinada al resultado de la primera, la que actuaba como condicionante: *si es así*. Lo que significaba que de *no ser así*, él no se iba. Pero constató que el silencio de su mujer otorgaba. Si ella no había dicho o hecho nada, el camino se le estrechaba como en un embudo. No le quedaba otra opción que largarse inmediatamente, de modo que tomó su chaqueta y cerró la puerta suavemente, sin agregar una palabra. No pensó llevar algún bolso, una muda de recambio o la escobilla de dientes. Sólo se fue, sin siquiera tomar el auto estacionado en el antejardín. Salió de su casa a pie y no pensó que eso le podría costar mucho más que el cansancio que sentiría al finalizar la jornada.

La calle lo recibió con la indiferencia con que suele comportarse con los miles de transeúntes que no tienen nada que ofrecerle, y con la misma frialdad con que responde a los desvalidos que pululan por sus recovecos. No bien hubo recorrido las primeras cuadras, comprendió el desdén con que las aceras acogen cada día a los pordioseros, como la aceptación a regañadientes a los ambulantes que usurpan sus paseos. Se internó por avenidas, paseos y pasajes de una ciudad cómplice de violencias que suele traicionar a los que se

instalan por la noche a dialogar con la penumbra en medio de los parques, esperando que el ruido de los automóviles les anuncie la llegada de un nuevo día, probablemente tan espantoso como el que se fue y ya es olvido. Cuando se dobla por una calle cualquiera, sin que los pasos se dirijan hacia un lugar preciso, cuando movido únicamente por el instinto uno empieza a aventurarse por pasajes oscuros, zigzagueando sobre peligrosas cornisas, sin estar acostumbrado a la muchedumbre, se corre el riesgo del desplome. Para quien se desplaza de a pie, sin controlar dirección ni cadencia, cualquier ciudad suele atenazarlo, transfórmalo en un ser pequeño y de paso enrostrarle su fragilidad. Con pasos trémolos, Gustavo se fue así convirtiendo en uno más entre esos transeúntes sin nombre, que a fuerza de andar por vías inhóspitas, va perdiendo hasta la identidad del rostro. Se sintió como aquellos que llevaban estampado un semblante de preocupación y apuro: los trabajólicos. Después se fue mimetizando con otros que parecían estar desprotegidos y se abrían paso entre gente de ropa gastada. Se alejó de los que percibió arrogantes, revoloteando entre vitrinas feas como la vulgaridad de un mall lleno de luces y afiches comerciales. Gustavo no tardó en aceptar su anonimato y al cabo de unas horas se encontró en el barrio Bellavista, inmerso en un entorno que fue haciendo cada vez más suyo. Se detuvo en un café y pidió un expreso. Sobre la mesa, la primera página del diario daba cuenta del aumento del número de contagios de una pandemia china que comenzaba. Abandonó su lectura y pensó en el libro *La peste*, de Albert Camus: el hospital de Oran, las ratas, las infecciones y el sufrimiento de niños moribundos.

«Privados de la luz de Dios, nos encontramos por largo tiempo bajo las tinieblas de la peste» – repitió sopesando cada palabra memorizada–. En medio del recuerdo se sintió entristecido y se dejó llevar por frases que, espontaneas, iban apareciendo por su mente. Los pasajes de esa novela lo acercaban a su rebeldía juvenil, de la que ahora él prefería escapar, ya que desde hacía tiempo había dejado de alzarse contra esa Creación Divina tan injusta, y aceptaba con resignación la imposible explicación de la existencia.

Pagó y salió a la avenida donde lo golpeó el calor del mediodía. Siguió sin rumbo, internándose por el parque Forestal, donde se detuvo varias veces a contemplar estatuas y edificios, hasta llegar al mercado y cruzar el puente en dirección a Recoleta. El desorden, los olores y frituras lo invadieron por entero. Al pasar frente a los vendedores ambulantes apostados en las aceras y escuchar sus gritos, al observar el tráfico incesante de autos y peatones, se cruzó con la cara más real de un país que no conocía y se sintió navegando por las aguas de un mundo casi ajeno. La ciudad, con aquella gente a la que se acercaba ahora, parecía atraparlo con la fuerza de un huracán que se gestaba en medio de tanta pobreza.

Sin detenerse, observándolo todo, cada vez con más interés, subió por la avenida y se detuvo en un sucucho cercano al hospital universitario. Un plato de porotos con riendas y postre de huesillos era el menú del día. Él pidió de extra una cerveza a la morena risueña de ojos grandes que lo atendió con un inconfundible acento colombiano. Comió con apetito y bebió un vaso de agua al terminar su postre y pedir la cuenta. Se extrañó por el precio. Dejó una buena propina y al pararse sintió la debilidad de sus piernas junto a unos fuertes dolores en los huesos de la espalda.

Entró al cementerio por la puerta principal. Le costó recordarse del lugar, pero después de varias vueltas dio con la bóveda de sus padres. Los saludó en silencio e intentó iniciar una conversación; pero sintió que le faltaban las palabras. Habían pasado tantos años. Se sintió un hijo ingrato. Le costó acordarse del segundo nombre de su madre. En la lápida sólo decía Florcita, que era como la llamaban, pero su nombre de pila no era Flor, sino Florencia y algún otro. Se sentó sobre el borde de la tumba, apoyó la cabeza sobre el tronco más grueso del árbol y se puso a descansar, protegido por la sombra. Durmió un poco hasta que el revoloteo de algunos pájaros lo despertó. Buscó la salida y se encontró otra vez con el ruido.

Se subió a la micro sin pagar, por la puerta trasera, como lo hacían varios, ya que él no disponía de una tarjeta de pago. Durante el trayecto hacia el centro, lo embargó una rara sensación de vergüenza mezclada con orgullo. Se bajó al llegar a la calle Monjitas. El ajetreo del día lo había abatido y debió sentarse por un largo rato en un banco de la Plaza, donde se puso a contemplar a las palomas y a los numerosos migrantes. No tardó en descubrir que éstos se juntaban por grupos homogéneos. Él escuchaba los acentos y trataba de adivinar la procedencia. Dos muchachos haitianos se sentaron a su lado y buscó conversarles en francés. Logró saber poco de sus vidas, sólo que venían llegando de Gonaïves y vivían sin sus familias. Los invitó a tomar una cerveza al lado a la Catedral y tuvo que insistirles bastante para que aceptaran. Se percató de la molestia del mozo cuando vio a los dos negros sentados junto a él en la primera mesa. Él comió un sándwich de jamón con palta y tomó un *shop*. Intercambiaron monosílabos y silencios, les estrechó la mano al despedirse y siguió su marcha vagabunda, esta vez hacia el oeste, hasta llegar a la *Panamericana* y subir al puente, donde se paró por un rato a contar los autos que pasaban, oliendo el *smog* y el alquitrán de la autopista.

No conocía la Plaza Brasil ni el barrio Yungay, y le llamó la atención la cantidad de grafitis en muros y paredes. Costaba encontrar algún rincón sin los rayados de frases incomprensibles con colores vivos o dibujos raros. Al llegar a Matucana decidió volver sobre sus pasos y se sentó, ya rendido del todo, en una banqueta de un parque muy sucio, frente a una iglesia de ladrillos. La temperatura había bajado y el tráfico disminuido. Algunos vecinos de edad comparable a la suya, paseaban a sus perros, y numerosos mendigos hacían cola en espera de algo que tardaba en demasía, ya que escuchaba sus rezongos. Sin moverse del banco pintado de rojo, se dejó estar y esperó sin apuro que llegara el crepúsculo.

Mientras se preguntaba si había hecho lo correcto al irse de su casa y comenzaba a sentir como una pequeña dosis de arrepentimiento, vio pasar a tres muchachos que parecían borrachos...o drogados. Lo miraron detenidamente hasta desaparecer de su vista. Él siguió

pensando en Francisca y sobre el motivo de su enojo. Varias imágenes desfilaron entonces por su mente: el ruido incesante de la aspiradora, el escobillón amarillo, la voz de su mujer regañándolo como cada mañana, para que se sentara a leer en la cocina y no en salón, el frío que se colaba por la ventana abierta, el olor a cloro de las baldosas, el diario en el que no lograba concentrarse. Luego, su hastío, su incapacidad para soportar ese bullicio y la rabia que lo sacaba de sus casillas; su rezongo, su mirada severa, un «por favor, te lo ruego» suyo y el replicar displicente de ella, «no ves que me molestas, no puedo limpiar si estás ahí».

Vio que su reloj marcaba las diez y veinte. Subió los pies, los estiró sobre la banca, acomodó su cabeza contra el respaldo y sonrió mientras sopesaba si acaso debía volver o seguir en su insolente deambular por ese otro Santiago que comenzaba a descubrir.

No sintió venir el sueño y el agotamiento que lo doblegaban y se dejó embaucar plácidamente, como cautivado por el opio dulce y adormecedor de la noche que alejaba el crepúsculo. En su modorra no los vio llegar. No se preparó ni alcanzó a agazaparse. Sintió únicamente una presencia rara cerca de su rostro y voces apenas perceptibles que parecían exigirle dinero. «Ya viejo, entrega todo o te cortamos» —creyó escuchar que le decían—, y las voces, aunque lejanas, no parecían venir de su sueño. «Ya poh culiao, la plata, apúrate mierda; el reloj también».

El golpe de la botella debió darle en la sien. No sintió dolor. Después, algo se le clavó en el vientre. Quiso gritar. Alcanzó a abrir levemente los ojos y pudo divisar a tres muchachos escapando por el parque en dirección opuesta a los automóviles que pasaban sin verlo, encandilándole los ojos. Él prefirió cerrarlos y siguió tendido en ese banco que se fue tiñendo con un rojo espeso más intenso aún del que tenía.